

EL PROCURADOR



GENERAL

DEL RET

T DE LA NACION.

MARTES 21 DE FEBRERO DE 1815.San Felix Ob. = *Quarenta Horas en la iglesia de Salesas Nuevas.*

VIVA FERNANDO.

Continúa el artículo inserto en el número anterior.

Si los cortos límites de este papel lo permitieran, me entenderia en fundar mi proposicion con otros hechos mas circunstanciados, y probaria de una, que todos los bienes raices de los moriscos expulsos, que entre todas edades y sexos rayaban á millon de almas, pertenecieron por su infidencia al Rey, como efecto de una confiscacion declarada por S. M. segun la ley que queda apuntada, y de otra que quando los que se ocuparon de dichos bienes quisiesen valerse de la tolerancia, y aun del permiso del Monarca inserto en real orden de 2 de Abril de 1614,¹ no pueden desentenderse de lo prevenido en el capítulo 34 de ella, referente á que no les aprovechase esta permision ó consentimiento para retener lo que no era suyo.

Qualquiera que reflexione el testamento de dicho augusto Monarca y lo terminante de sus cláusulas, deducirá que la voluntad de S. M. jamas fué enagenar lo que era propio de la corona. La prescripcion, esa égida fútil á que se acogen los que pretenden lo ageno, se mira excluida por su Real intencion: dió con ella un claro testimonio de los medios obrepticios y subrepticios con que lo impetraron, sorpresa con que eran tratados los reyes en asuntos de tanta trascendencia, y el engaño

con que los poderosos procedieron en aquel lance. Por esto declaró nulas tales mercedes, las dexó sin efecto, y últimamente hizo la declaracion mas solemne de que no procedieron las que hubiese hecho de su libre y espontánea voluntad. En una palabra puedo decir á V., señor Procurador General, que dedicado desde niño á la antiqüaria, he reconocido archivos; he trabajado, traducido y sacado á luz manuscritos latinos y lemosines de varios, y extraordinariamente en la jornada de 1791 del de la Real Biblioteca del Escorial, á las órdenes de D. Martin Fernandez de Navarrete, hallándome en la secretaría del Despacho de Marina, y me atrevo á asegurar, que no habrá dueño territorial que presente privilegio de aprobacion ó sancion Real de las llamadas cartas pueblas, por mas que acuda á Simancas ó Barcelona, porque no es creible, decia el R. P. Soto, bibliotecario, profesor del arábigo &c. que la piedad del Monarca, enterado de sus capítulos y cláusulas irritantes quisiese que sus vasallos fuesen tratados con tanta arbitrariedad y vilipendio, y mucho menos aquellos antiguos cristianos viejos que quedaron en los pueblos, y traian su esclarecido origen desde antes de la pérdida de España.

¡Oh, y qué campo tan vasto me ofrecia este asunto para hablar con muchos mas datos! Me ceñiré á lo mas preciso para dar una idea con nuevos hechos. Contra lo prevenido por el ínclito rey D. Jayme I de Aragon en su testamento, y contra el deseo general de los pueblos y cortes se hicieron varias enagenaciones de ciudades, villas y lugares del reyno de Valencia: con ánsia solicitaron su revocacion las mismas cortes antiguas, y aun se mandó por los reyes en varias pragmáticas y testamentos.

Pero á pesar de todo lo dicho, y no satisfechos de la exorbitante contribucion á que obligaron en las cartas pueblas á los labradores, sin consideracion á los enormes dispendios que causa la agricultura para recoger las cosechas, se ha observado que algunos de los señores territoriales en perjuicio de las regalías de S. M. y de la libertad bien ordenada de los pueblos han ido usurpando el derecho privativo y prohibitivo de hornos, molinos de harina, aceytuna y otros derechos propios de la corona, que no les dió ni les pudo dar aquella enagenacion por

ser reservados al Rey desde su conquista como regalia de segunda clase.

Las pocas enagenaciones del reyno de Valencia válidas y legítimas, esto es, aprobadas por las Cortes antiguas, son de suyo revocables, como que fueron temporales, ínterin lo exigiese la necesidad ó utilidad pública, que fué tanto como sujetarlas perpetuamente á luición ó redención, de que dan testimonio los casos reservados por el Rey D. Jayme IV de Aragón en su privilegio de 1336; y aun las enagenaciones hechas fueron reclamadas en las Cortes de Monzon de 1376, y en otras desde los Reyes Católicos se han dirigido por el Consejo varias consultas á fin de que sea reintegrado el Real patrimonio de dichos pueblos enagenados, proponiendo los medios legales de indemnización á los señores territoriales.

Que la tenáz oposicion á que los vecinos construyan molinos y hornos se hiciese ántes de nuestra gloriosa insurreccion, podria ser menos chocante; pero discurra V., Señor Procurador General, si aquellos generosos vasallos de S. M., despues de tantos sacrificios, amarguras, pérdidas de vidas y haciendas han trabajado para reconquistar sus pueblos sin ayuda de los que se han titulado dueños, refugiados la mayor parte en Cádiz, Ceuta, Gibraltar é islas Baleares; ¿será justo, digo, que vuelvan á sufrir las mismas travas de no poder hacer molinos harineros, almazaras, hornos &c. y que hayan de ir precisamente á los suyos, aunque se les fermente y pierda la aceytuna?

(Se continuará.)

NOTICIAS EXTRANJERAS.

FRANCIA.

Paris 13 de Enero. Leemos en los periódicos alemanes el siguiente resumen de la pérdida de hombres que causaron las guerras de Bonaparte desde 1802. 1.º La guerra de la Isla de Santo Domingo desde 1801 á 1806 consumió entre soldados y marineros 600 hombres; habitantes blancos de la isla, por lo menos 500 hombres, y negros otros 500. 2.º La guerra marítima de Inglaterra, desde 1802 hasta 1814 costó á ambas partes y sus aliados, por lo ménos 2000 hombres. 3.º La del

invierno, desde 1805 á 1806, que fué corta; pero muy sangrienta, privó á las potencias beligerantes de 1500 hombres. 4º La de la Calabria, desde 1805 hasta 1807, 1000 hombres. 5º La guerra del Norte, de 1806 á 1807, 3000 hombres. 6º La guerra de España, la mas mortífera de todas, desde el fin de 1807 hasta 1813, 2.4000 hombres: no se exágera la pérdida que causó esta guerra, tanto á los franceses y sus aliados, como á los ingleses, españoles y portugueses, ya sea en los combates y sitios, ya por molestias contagiosas, asesinatos y otros desastres, valuado en 4000 hombres cada año. 7º La guerra de Alemania y Polonia en 1809, 3000 hombres. 8º La campaña de 1812, 5000 franceses, y sus aliados 3000 rusos; en los combates, los hospitales, ciudades y aldeas quemadas, 2000 polacos, alemanes y franceses, víctimas de las enfermedades contagiosas que resultaron del hambre y mal alimento. 9º La campaña de 1813, 4500 hombres. *Total* 5.0000 de hombres en diez años, que vienen á ser medio millon cada año. No puede incluirse en este cálculo el gran número de muertes prematuras causadas por las consecuencias de la guerra, del terror, de la desesperacion &c.

ALEMANIA.

Francfort 25 de Enero. Muchos papeles públicos contienen un artículo muy largo, en que se da cuenta de las negociaciones practicadas entre el rey Murat, el Austria y las demas potencias, que pudiera mirarse como un manifiesto hecho á favor de la corte de Nápoles. Véase aquí lo que dice en substancia.

Desde el mes de Marzo de 1813 principiaron las negociaciones del rey Joaquin con la corte de Viena, por medio del duque de Santángelo, su ministro. Hallábase ofendido del artículo del *Monitor*, en que se le habia pospuesto al virey de Italia. Mas estas negociaciones no tomaron alguna actividad hasta el mes de Junio, que el rey de Nápoles substituyó al duque de Santángelo con el príncipe Cariati, y el señor Schinina, marqués de San Elias. Durante la residencia del emperador de Austria en Bohemia, hubo nueva interrupcion en las negociaciones, y el gobierno austriaco dexó pasar 46 dias, sin responder

cosa alguna á las propuestas urgentes de su ministro residente en Nápoles, el conde de Mier, ó á las notas de los dos ministros arriba citados. Por último, luego que el Austria se agregó decididamente á los demas aliados, el príncipe de Metternich le dió al conde Mier instrucciones en cifra para ajustar un tratado.

Estos despachos se entregaron al plenipotenciario napolitano para que los remitiese por un correo de esta nacion, temiendo que si fuese austriaco, no le arrestasen los Franceses á su tránsito por el norte de la Italia. El correo del señor Cariati pasó, como se habia acordado, por Munich, á fin de tomar allí nuevos pasaportes; pero el señor de Caracciolo, ministro napolitano cerca de la corte de Baviera, le detuvo diez y seis horas para su correspondencia particular, y no pudo llegar á Nápoles hasta el 2 de Agosto, donde no encontró ya al rey Joaquín, que habia salido de su capital el dia 1º. Este príncipe, que habia estado mas de un mes sin recibir noticias de Viena, se creyó vendido ó despreciado, y así tomó el único partido que le quedaba, que era ponerse en los brazos del emperador de Francia. Poco tiempo antes habia recibido una carta de Buonaparte, en que le rogaba del modo mas expresivo, que viniera á juntarse con él en el quartel general de Dresde, "probablemente, decia, mas bien para celebrar juntos la fiesta de la paz, que para ayudarle á continuar la guerra: que tenia tanto mayor necesidad de sus consejos y asistencia, quanto que estaba lejos de allí el virey, y acababa de perder dos amigos fieles, Duroc y Bessieres. Conocia que necesitaba hacer la paz, porque estaba su ejército desorganizado, las rentas de Francia apurándose, y la edad habia aumentado su corpulencia, dexándole menos apto que antes para las fatigas de la guerra."

Apenas habia llegado á Dresde el rey Joaquín, quando uno de sus plenipotenciarios cerca de la corte de Austria, sospechando el atraso del correo, pasó á Praga, para comunicarle el contenido de los despachos dirigidos al conde Mier, y el rey, para mayor autenticidad, pidió una copia de ellos. Enviáronsele de Praga, y el secretario de legación austriaco, que habia acompañado al conde Bulma cerca de Buonaparte, recibió la comision especial de descifrársela al rey Murat. Como el armisticio iba á

espirar, el secretario por cautela habia entregado la cifra al general Bubna quando salió de Dresde; y así se quedaron las instrucciones cubiertas de la misma obscuridad, circunstancia que excitó nuevas sospechas, y que solo pudieron disiparse en fuerza de los testimonios mas solemnes del plenipotenciario napolitano. Entonces el rey Murat dexó ya de enviar sus tropas al ejército francés; pero no pudiendo ausentarse él propio, permaneció en compañía de Buonaparte hasta después de la batalla de Leipsick.

El 21 de Octubre escribió el rey Joaquín á Buonaparte que iba á restituirse á sus estados, y con efecto se marchó aquel mismo dia. El emperador en su contestacion le hizo algunas reconvencciones sobre esto, advirtiéndole que no prestase oídos á ninguna proposicion hecha por parte del Austria. El dia 11 de Mayo se publicó en Nápoles un decreto á favor del comercio ingles. El rey autorizó al príncipe Cariati, que por el gabinete austriaco estaba encargado de excitarle á tomar parte en la guerra contra la Francia, para que á este fin negociase con la coalicion. Al mismo tiempo envió á Sicilia cerca de lord William Bentinck al marqués de San Elías para entablar negociaciones con la Inglaterra; aunque este último paso no produjo efecto. Mientras que pasaba esto, el príncipe Metternich propuso al rey Joaquín que negociase al mismo tiempo con el Austria y la Inglaterra, teniendo lord Aberdeen para este fin poderes amplios de su corte. Ya se estaban dando en Nápoles las instrucciones necesarias al príncipe Cariati, quando llegó á esta capital el 30 de Diciembre de 1813 el conde Neipperg.

El dia 11 de Enero de 1814 firmó el rey Murat por la interposicion del general Neipperg, un tratado de alianza con el Austria, en el que esta potencia "afianza al rey Joaquín la soberanía de su reyno, y le promete la misma garantia de parte de las demas potencias, juntamente con la renuncia de Fernando IV á sus derechos sobre Nápoles. Este mismo tratado asegura al rey Joaquín un aumento de territorio suficiente para proporcionar á su reyno una buena frontera militar." El general Neipperg comunicó este convenio á lord W. Bentinck, quien pasó en persona á Nápoles, y ajustó allí el 3 de Febrero de 1814 un armisticio con el duque de Gallo, ministro de nego-

cios extranjeros. De este último convenio, resulta, "que cesarán las hostilidades entre la Gran Bretaña y Nápoles, y que las relaciones de comercio entre los dos estados y sus súbditos quedarán restablecidas." Al mismo tiempo se resolvió "que los generales de los ejércitos austriaco, inglés y napolitano formarían de acuerdo un plan común de operaciones, con arreglo al qual obrarían sus tropas reunidas en Italia por la misma causa."

El 23 de Enero, el rey Joaquín salió de su capital para reunirse á su ejército, que tenía principiado el sitio de Ancona, de Civita Vecchia y del castillo Santángelo; y el 7 de Febrero concluyó un convenio militar el general Nugent con el general napolitano Livron. Por la misma época comunicó el gabinete austriaco al rey de Nápoles, que no había ratificado el tratado convenido con él en 11 de Enero de 1814, porque lord Castlereagh, después de haberle examinado atentamente, había hecho de su propio puño algunas mudanzas y adiciones, que creía conducentes para que el gobierno inglés no encontrase dificultad ninguna en subscribir á él.

La substancia de estas mutaciones era, primero: que Joaquín debía renunciar á todas las pretensiones sobre la Sicilia, y concurrir para asegurarle á la dinastía reynante la posesion de este país, y proporcionarla indemnizaciones por el reyno de Nápoles: segundo, que el aumento de territorio de este último reyno fuese arreglado á una poblacion de 400,000 almas, la qual se le cediese del estado romano. El gabinete austriaco declaró tambien en esta ocasion al de Nápoles, que las referidas mutaciones debían discutirse de concierto con los ministros de Prusia y de Rusia, y que todo el mundo estaba conforme, en que si el rey Joaquín subscribia á ellas todos los gabinetes accederían al mismo tratado por convenios particulares.

Esta declaracion se confirmó el 10 de Febrero por una nota del plenipotenciario de Austria, y al mismo tiempo por un despacho del ministro lord Castlereagh, dirigido á lord W. Bentinck de Basilea, á 22 de Enero, y en el que le encargaba hiciese cesar todas las hostilidades de parte de la Inglaterra contra Nápoles, y tomase todas las medidas mas convenientes para que hiciese lo mismo por la suya el rey de Sicilia.

El rey Murat adoptó estas modificaciones, y ratificó inme-

diatamente el tratado por una carta autógrafa, dirigida al emperador de Austria. La ratificación de esta última potencia no tuvo efecto hasta el 9 de Marzo.

Nos abstendremos de hacer reflexion alguna sobre la campaña de los exércitos austriaco y napolitano en Italia, los quales ó mas bien sus gefes, no mostraron tener la confianza reciproca que se hubiera necesitado para obrar con una resolucion mas decisiva contra el príncipe virey, quien á pesar de la inferioridad numérica de su exército se defendió con gloria largo tiempo contra los otros dos. Observaremos solamente en general, que Nápoles levantó los 30,000 hombres de tropas estipuladas en el convenio, de los quales unos 17,000 hombres fueron destacados á la Toscana, delante de Liorna, Cívita-Vecchia, el castillo de Santángelo y Ancona, y los 13,000 restantes maniobraron por las orillas del Pó, y hácia Parma y Plasencia. A principios de Marzo aportó lord W. Bentinck con un cuerpo de tropas anglo-sicilianas en las inmediaciones de Liorna, sin embargo de haberse decidido antes, que este desembarco debia efectuarse en las cercanías de Génova.

Pocos dias despues, lord Bentinck pasó á Reggio, quartel general del rey Joaquín, pidiéndole la entrega de la Toscana, y que la evacuasen inmediatamente las tropas napolitanas; á lo que no asintió el rey, 1.º porque sus tropas habian ocupado este pais para entregársele á su legitimo soberano el duque Fernando: 2.º porque esta evacuacion, hecha sin ningun objeto militar, era contraria enteramente á la dignidad é intereses del reyno de Nápoles: 3.º porque una cesion de esta importancia debia por lo menos ser el precio de un tratado definitivo con la Inglaterra; tratado que propuso el rey muchas veces: 4.º porque las tropas sicilianas habian esparcido por la Toscana un manifesto de su corte, en el que se reclamaban los derechos de la antigua dinastía al reyno de Nápoles. Con todo esto ofreció el rey ceder á lord Bentinck el mando de la Toscana, siempre que la administracion del pais continuara haciéndose en nombre del rey, y su bandera tremolándose como antes en los fuertes.

Con las licencias necesarias.

POR DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.